

## LA QUEBRADA DEL LEÓN (Caldera) (\*)

POR

Enrique Ernesto GIGOUX

Mi contribución a la sesión de hoy, tiene por objeto manifestar que es exagerado el concepto de aridez que se tiene en general de la provincia de Atacama, talvez por aquello de que se encuentra situada al sur del desierto del mismo nombre y dentro de su extensión geográfica.

Pero, esta circunstancia no impide que haya vegetación propia en los valles y cordilleras, donde crecen los chañares regionales, los algarrobos y espinos, y la siempre cultivada por el hombre para las producciones agrícolas que permite la zona, sino que también hay la espontánea y natural de los campos durante la primavera, cuando los años han sido lluviosos, advirtiéndose que unos pocos aguaceros allá, bastan para que los cerros agrestes y los llanos secos se conviertan en jardines inclinados los primeros y potreros de yerbas los segundos.

Dada la topografía de aquella comarca se podría decir que la región árida, como se la llama, empieza al norte de la provincia de Coquimbo, siendo valles-oasis los de Huasco y Copiapó, ya que se encuentran separadas por vecindades estériles y sin agua.

El de Copiapó es el último valle de Chile hacia el norte y el más aislado de los demás, que yo conozco.

Está separado completamente del departamento de Vallenar, cuyos pueblecitos más cercanos son Yerbas Buenas y Punta de Díaz, por un desierto de 60 kilómetros de ancho, más o menos, y de mar a cordillera, extensión que pude apreciar desde la cumbre del famoso cerro de Chañarcillo.

Es una superficie plana y despoblada que se conoce con el nombre de *La Travesía*, sin duda, nombre dado

---

(\*) Trabajo leído en sesión ordinaria de fecha 12 de Diciembre de 1926 de la *Sociedad Chilena de Historia Natural*.

por los españoles por ser forzosamente obligado a atravesarla en los viajes al sur.

Campo seco y desierto en verano, es en primavera un potrero inmenso donde todos los agricultores y ganaderos, grandes y chicos, mandan sus animales a pastos excelentes y positiva engorda barata.

En un ejemplar de «El Atacameño», diario de Copiapó, correspondiente a fines del mes de Octubre próximo pasado, he leído que este año *La Travesía* ha ofrecido un aspecto interesante tanto por la gran cantidad de animales que pacían, sino también por su variedad, viéndose entre vacunos y caballos, mulas, asnos, ovejas y cabras, manadas de guanacos que hacían vida social y casi doméstica.

Esta circunstancia importa una novedad, porque la persecución sostenida por los cazadores empedernidos, los habían ausentado o corrido hacia la cordillera.

Las yerbas que principalmente constituyen aquellos pastos excelentes son:

Mostacilla. *Schizopetalum Walkeri*.

Botoncillo. *Plantago callosa*.

Malvilla. *Cristaria multifida*, y otras.

Alfalfa. *Astragalus Doddi*.

Lechuguilla. *Achyrophorus faliosus*, (en la falda de los cerros).

*Tetragonia marítima* y *macrocarpa*.

*Oenothera coquimbensis*.

*Cruckshansia triparrita* e *hymenodon*.

*Verbena erinoides*.

*Cephalophora litoralis*.

Varios *Atriplex* y algunas gramíneas.

Todas estas plantas alcanzan mucho desarrollo y crecen con gran lozanía.

Esa decoración primaveral desaparece cuando empiezan los fuertes calores y ya en pleno verano nadie podría creer que en ese llano de arena movediza hubo una pradera que se desvaneció.

Lo que pasa ahí ocurre en todos los campos de Atacama, hasta en los arenales marítimos y entonces, con más motivo en los lugares con muchas condiciones favorables que prolongan la duración de su vegetación, como ocurre en el Morro Copiapó junto al mar y en la Quebrada del León, al fondo.

Está al N. E. y a 16 kilómetros del puerto. De lejos y aun de cerca, no se sospecha su entrada ni el encanto de un sitio tan pintoresco en su belleza salvaje, con sus enormes cerros, sus grandes rocas, su vegetación esplendorosa y tan abundante, que en primavera, la Quebrada del León, son dos montañas de flores por donde vuelan y cantan las aves que viven ahí.

Para llegar a ella hay que atravesar a medio camino las dunas de Ramadas, (hermosa playa donde antes fué un lugarejo habitado por los últimos *changos* y sus descendientes. Hay ahí un pozo con agua muy buena), donde empieza el río de arena, que resulta de la molienda de rocas por el mar, que avanzando hacia el interior y pasando sobre cerros y lomas, llanos y quebradas, termina talvez más adentro de Paipote, en Copiapó.

Este río de arena se vé desde el tren, cuando se sube al valle y se mira hacia el norte, pasada la estación de Monte Amargo.

Las aguas que bajan de la Quebrada del León en las épocas de lluvia, han formado un cauce de cuatro kilómetros de largo, más o menos, de pocos metros de ancho, sin alcanzar nunca el mar porque las dunas las detienen y seguramente las absorben primero para evaporarlas después.

En primavera, toda la extensión de ese cauce está totalmente cubierto en su mayor parte de cartuchos, *Argyria puberula*.

Desde lejos se vé esa mancha amarilla larga, serpentina, formada por los millones de corolas de hermoso color, agrupadas en vistosos racimos derechos, que el viento balancea sobre sus altos tallos.

A la entrada de la quebrada se ven los primeros Lecheros, *Euphorbia lactiflua*, de hojas finas y flores verde Nilo, y los *Cactus*, esos buhos de la vegetación, inmóviles, tiesos, espinosos, algunos con una preciosa flor a un lado, como un morrión en un casco. Otros, los cilíndricos y alargados parecen agrupaciones de boas que estiran sus cuellos hacia arriba o hacia el camino sin alcanzar la presa.

Subiendo por los faldeos se ven las Loasáceas trepadoras, *Loasa acerifolia*, de hojas de brillante esmalte verde con flores de frutilla.

La Enredadera del campo, *Tropaeolum tricolor*, envolviendo los troncos secos, los disfraza de planta exótica o de capricho japonés, mientras la Doradilla, *Nothochlaena mollis*, el único helecho de esta zona, se esconde entre los huecos de las piedras.

Cubriendo extensiones grandes, desde la cima a la falda, la *Sorema elegans* con sus corolas monopétalas de blanco, azul y amarillo, alterna con la *Nolana alba*, de un blanco puro.

Por la quebrada, la *Tetragonia macrocarpa* con sus semillas cuadrangulares de felpa granate, dan una nota viva en aquel suelo con tanto verde de tanto tono, donde crecen esbeltas las *Calandrinias*, unas de flores solferino, otras de flores blancas o de un hermoso amarillo.

Junto a ellas están las *Onagrarias* sensibles y las *Fagonias* quebradizas.

Desde el plan y hacia arriba por los faldeos se encuentran los Lirios, *Alstroemeria violacea*, de flores espléndidas por los lindos matices de sus pétalos, que para defenderse de la voracidad de los animales buscan la vecindad inmediata de los cactus, donde también se defienden del rigor de los vientos.

Junto a ellas crece la *Centaurea chilensis* la Flor del Minero, belleza de los campos y una de las más bonitas sinanteneas.

Lirios y centauros dan motivo para especiales escursiones y paseos, y es común ver las alegres cabalgatas que en las tardes de los domingos de primavera vuelven de los cerros trayendo aquellas lindas flores y macetas de añañucas, *Habranthus añañuca*, la flor de los llanos, que de paso la recogen.

La añañuca y el chañar deberían ser las flores provinciales de Atacama.

Los Tabacos, *Nicotiana Coliae* y *Nicotiana solanifolia*, con sus grandes hojas y sus ramilletes de flores blanco crema, o verdosas.

El *Solanum flexuosum*, con el dedicado follaje de sus hojas multipartidas y los lindos cogollos de las estrellas moradas con centro amarillo de sus flores, que abren a la sombra de las piedras, a cuyo pie crecen estas plantas que serían un bonito adorno en un jardín.

Entre los *Oxalis* predomina el *O. gigantea*, con sus muchos tallos cilíndricos, ásperos, cubiertos de hojitas trilobadas y flores pequeñas amarillas.

Los Heliotropos del campo, en especial el *Heliotropium rugosum*, con sus abundantes flores blancas que se vuelven de un color canela y más oscuras.

La Renca, Lechuguilla, *Achyrophorus foliosus*, muy buscada por los *gourmet*, no por sus vistosas flores grandes, amarillas, sino por sus hojas cuando están tiernas, para preparar clásicas ensaladas, que piden buen vino.

Narcisos, *Leucocorhynne narcissioides* y Cebollines *Leucoconhyne ixiodes*. *Scila biflora*, y una variedad de *Sinantéreas*, *Plantagos*, *Atriplex* y muchas otras especies componen esta flora espléndida por su lozanía, diversidad y abundancia.

Al atravesar las dunas y mirar hacia adelante, nadie creería encontrar escondido entre los cerros de enfrente este rincón excepcional de flora herbácea, con plantas tan frescas, tan húmedas, hasta acuosas a fuerza de exceso de riego.

La quebrada en su primer tercio tiene un desnivel. Los dos escalones quedan divididos por grandes piedras de bordes gastados, que hacen buen efecto en el paisaje.

El escalón superior es plano y ahí la quebrada se ensancha. Hacia el nacimiento hay en este sitio una roca enorme, talvez un cerrito que visto desde cierta distancia parece una gran calavera humana.

Al pie de esta esfinge de la muerte, brota una vertiente de agua amarga, que la he visto beber a los pajaritos. Forma charcos, se escurre por entre las yerbas y cae en el desnivel, donde a veces cuando el caudal es más abundante se oye el ruido del chorrito de agua cayendo sobre las tazas de piedra.

Cuando éstas están llenas sigue corriendo hacia abajo y se pierde en el terreno.

En este lugar se ven restos de un antiguo *maray*, donde aprovechando el agua de la quebrada molían y lavaban el metal de oro extraído primitivamente de una mina que se designa con el nombre de «Mina Vieja», trabajada primitivamente por los indígenas, en forma de estanterías

lo que significaba trabajar siempre al sol, y después por los españoles.

Más tarde se explotaron las minas «Milán» al norte, la más importante y «Génova» al sur, muy cerca de la primera. Una y otra muy superficiales y ambas abandonadas desde hace muchos años.

He oído una narración que se dice es sacada de viejas crónicas:

Cuando la expedición de Pedro de Valdivia llegó a Copiapó, el conquistador envió exploradores a los contornos, y hacia el lado del mar mandó a un oficial y dos soldados a reconocer la costa y vecindades.

El oficial se enfermó y no pudiendo continuar viaje, dijo a los soldados que fueran a juntarse con la expedición, a fin de llegar más o menos en el plazo que se les indicara, llevando los datos obtenidos en el reconocimiento.

Y convinieron, según costumbre, de que los soldados fuesen dejando señales para que el oficial, si podía, después, siguiera el camino sin inconveniente.

Dice éste que se quedó en una quebrada con mucha vegetación; donde su caballo pudo alimentarse y desde donde se veía el mar y por donde corría un reguero de agua que arrastraba arenas auríferas.

Durante los primeros días la fiebre lo obligaba a estar durmiendo, y cuando despertaba bebía sorbos de esa agua que era amarga, con propiedades laxantes y a las que atribuyó su mejoría.

Ya restablecido reconoció la quebrada, encontrando muchas pepitas de oro que llevó consigo cuando emprendió su viaje de regreso.

Hablaba de plantas que vierten una leche gomosa cuando se quiebran sus ramas, (Lecheros?)—de güanacos, *Lama huanacus*; de venados pequeños, C. Huemul? (*Hippocamelus bisulcus*); de palomas silvestres, (Tórtolas? *Zenaida aurita*).

Se cree, pues, que estuvo en la Quebrada del León, porque esta ligera descripción no le corresponde a ningún otro lugar de los alrededores, y en cambio coincide en todo con ella.

Como llama la atención este paraje por la fecundidad

de su vegetación, en una región árida, quiero recordar el modo que tienen de regarse estas tierras, gracias en parte a la altura y constitución de sus cerros.

La evaporación de las aguas del mar forma nieblas que el viento lleva a la costa y las interna en las tierras bajas, quebradas y valles.

Son las *camanchacas* o nieblas arrastradas. Estas nieblas cuando el viento las lleva hacia los cerros y éstos son altos, no llegan a la cima y ahí se baten subiendo y bajando constantemente, movimiento que las concentra más y más.

Las piedras y la tierra misma que constituyen superficies heladas, al ponerse en contacto con las nieblas, las condensan, por tener menos temperatura y producen el agua, ahí muy abundante, con que se riega la Quebrada del León.

El exceso de agua absorbida por el terreno superior, se filtra a través de los inferiores, disuelve las sales en ellos contenido, forma los charcos de que he hablado y de donde se escurre el hilo de agua amarga que corre hacia abajo.

Cuando las nieblas no alcanzan a la cima, son las nubes bajas las que se encargan del riego de las cumbres.

Y es así como esa quebrada, por la altura de sus cerros, por su disposición encajonada y su enorme cantidad de piedras condensadoras, tiene asegurados sus riegos, llueva o nó, y mucha humedad almacenada en sus capas de terreno poroso.

Los cerros que la forman han sido primitivamente dos masas compactas, sólidas, siendo la superficie una caparazón pétrea como de una sola pieza.

La fatal denudación con sú inevitable cortejo de elementos destructores, actuando en el transcurso de los siglos fué lentamente atacando esas corazas de granito y trazando con millones de líneas que profundizaban, los contornos de los futuros pedazos de roca.

El trabajo destructor de la denudación se ha efectuado y se ve representado en los millares de piedras de todos tamaños que se ven diseminadas en todas partes desde la base hasta la cumbre y revelando muy claramente que son fragmentos de una gran masa sólida, que se fué quebrando poco a poco a medida que socavada te-

nazmente por los puntos más vulnerables y faltos de apoyo, se desprendían de la masa común para ser las piedras condensadoras de agua que hoy se ven ahí en tan gran cantidad, y las que a su vez siguen destruyéndose, perdiendo grano tras grano, molecula tras molecula, como todas las rocas del planeta y quedar por último convertidas en arenas que el viento moverá a su antojo.

Este lugar que casi tiene las condiciones de un oasis, se veía antes animado por la presencia de los animales que el hombre se ha encargado de exterminar, ofreciendo el aspecto de un parque natural.

Allí era común encontrar guanacos, zorros, chinchillas, una variedad de aves de caza: perdices, tórtolas, cuyucas, y cantoras: yales, diucas, chincoles, chirigües, chercanes, etc.

Hoy no quedan más que los pajaritos, y por casualidad se vé un zorro al año.

Los últimos guanacos que en número de seis solían verse en la quebrada o alrededores, fueron cazados en 1915, y desde entonces no han vuelto a verse otros.

Todos recuerdan allá, que en tiempos pasados los turistas o marinos extranjeros aficionados a la caza, que llegaban a esas playas, no tenían que alejarse mucho para encontrarla, pues, siempre había guanacos en las inmediaciones, y esto lo sabían muy bien los guías de la localidad.

Hoy no hay nada.

En Octubre de 1902 vi una piel fresca de gato montés, *Felis quigna*, cazado en la Quebrada del León, y se me dijo que antes era frecuente hallarlos ahí.

En Marzo de 1924 ví otra, de un ejemplar cazado junto al mar, en «Tres Quebradas». Un viejo leñador me decía haber visto Chingues, *Conepatus chinga*. Y los detalles que me daba de la defensa característica del animal y de su pelaje coincidían con la realidad.

En cuanto a Pumas, *Felis concolor puma*, no cabe duda que aquella fué morada predilecta de ellos o residencia temporal preferida que les ofrecía alimento y refugio seguros.

Aunque esto ocurriría muchos años atrás, se confirma con lo que tradicionalmente se sabe al respecto, con bastantes datos y hasta con el nombre que lleva.

Los pumas han hecho apariciones que recuerdo. El último de que tengo conocimiento fué cazado en el Veladero, punto de la costa al sur de Caldera, por José Félix Reyes y Antonio Aracena, en Mayo 6 de 1913.

Medía 1.33 metros de largo y 0.75 mtr. de alto. Grueso del pecho 0.85 mtr.

Después oí decir se habían visto a algunos merodear por el Morro Copiapó y Quebrada del León.

No olvido la agradable impresión que le produjo a mi distinguido amigo, el botánico alemán Dr. Carlos Rieche, que la visitó en Septiembre 23 de 1900, calificando de tropical su vegetación herbácea dada la aridez de la región.

Y tampoco nadie que la conozca olvidará sus primaveras lujuriosas, el bullicioso canto de las aves, con la sorpresa del grito del *Pteroptochus albicollis* que parece salido de la garganta de un pájaro corpulento y no de la modesta y pequeña avecita que lo lanza.

En sus cumbres he encontrado ejemplares de *Bulimus punctulifer*, *Bulimulus mejillonensis* y *B. pupaeformis*, caracoles terrestres comunes a los cerros, y en el plan, *Bulimulus erythrostomus*, común a los llanos y terrenos bajos.

Por entre las flores vuelan mariposas vivaces, *Vanessa charie* y *Callidryas drya*, dando matices volantes de colorado y amarillo. Pintadas avispas; tábanos molestos que no tratan bien a los visitantes y moscas zumbadoras, víctimas de lagartos que los cazan con una habilidad que divierte, cuando no quedan prendidos en la tela de una *Araneus diadematus* (araña muy abundante) la que a su vez es presa de los chercanes.

Muy arriba cerca de la cima revolotea una que otra ave de rapiña que se aleja o que vuelve.

Siempre que he estado en la Quebrada del León, he experimentado el mismo sentimiento de admiración ante el majestuoso escenario de esas montañas cubiertas de flores y rocas que nadie aprovecha ni mira, ante esa inmensa alfombra de yerbas de todos los verdes y corolas de todos los matices y fragancias que no le sirven a nadie.

Galas espléndidas, derroche de maravillas que se pierden y desaparecen ignoradas.

Esteril evolución orgánica, esfuerzo inútil de la naturaleza que hace recordar aquella ocurrencia ingenua de que las ciudades se deberían construir en los campos para aprovechar de sus beneficios y bellezas.